

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas.

Del 5 al 8 de abril de 2005 en Huerta Grande, Córdoba. Panel: La experiencia juvenil contemporánea.

Adolescentes en la encrucijada. La tensión entre la escuela y las brechas sociales, comunicativas y culturales

Por Marcelo Urresti

Quiero agradecer la invitación a participar de un encuentro como este y también agradecer la posibilidad de estar en una mesa con dos de mis maestros, Sergio Balardini y Dina Krauskopf: uno de mi generación, el otro de otra generación, que por suerte me precedieron en la palabra, en la escritura, como en muchas otras cosas, y de los cuales yo me nutrí oportunamente en distintos momentos.

Para serles sincero, yo debía haber leído un trabajo mucho más largo del que voy a compartir ahora con ustedes, y lo voy a hacer así por razones de tiempo, pero también por razones de cierta economía, para no repetir cuestiones que Dina y Sergio trabajaron suficientemente.

Voy a enmarcar este trabajo dentro del género “aguafiestas” -tal vez porque la formación profesional de quienes me precedieron tiene más que ver con la psicología que con la sociología. Yo no desatiendo la cuestión del sujeto en mis trabajos, ni tampoco en lo que pensaba decir en esta conferencia, pero lo tomo, podríamos decirlo con la antigua fórmula Kantiana que muchos de ustedes conocerán: “sujetos sin estructuras son ciegos, estructuras sin sujetos son vacías”; esta fórmula trasladada por supuesto a otra apuesta, a otro lenguaje. Me voy a encargar, como solemos hacer los sociólogos, en este caso, a las estructuras, es decir, a ser aguafiestas. Así que voy a leer una breve parte del trabajo que traía. Todas las otras cuestiones que tenían que ver con la subjetividad del adolescente y también con la conformación del mundo de vida de los adolescentes, quedará para otra oportunidad.

Una última aclaración antes de empezar. Este trabajo, yo lo pensé en el contexto de la sociedad argentina contemporánea, y lo pensé también en el contexto de lo que podríamos llamar población urbana, que es la gran mayoría de la población. Lo pienso, por lo tanto, dentro de la lógica de las grandes urbes, y dentro de nueve, podríamos decir, o diez centro urbanos, en los cuales creo yo se da esta lógica que voy a describir. Así que hechas las aclaraciones, comienzo con la lectura.

La herencia más visible de la década del noventa, es la enorme brecha social que partió del patrón de acumulación impuesto por las políticas estatales neoliberales y por los cambios productivos que impactaron decisivamente en los ámbitos del trabajo y las formas de distribución económica vigentes hasta ese momento. Ese conjunto de factores favorable a los sectores más concentrados del capital, debilitó el poder de negociación de los trabajadores lo cuales vieron disminuir sus fuerzas perdiendo conquistas históricas. Con un sector del trabajo debilitado, un capital que en términos relativos se fortalece y la acción de un Estado susceptible a dichos intereses, declinan los salarios y la capacidad de consumo de la masa trabajadora, desequilibrando la distribución del ingreso tradicional de la Argentina. Consecuencia directa de ello, la pobreza, creció en número y rigurosidad: cada vez hay más pobres, que ganan cada vez menos con lo que también aumenta la indigencia. Todos estos números que ya eran significativos antes de 1997, cuando la economía crecía año a año, aumentaron drásticamente durante la crisis del estancamiento económico que se extendió desde 1997 hasta el 2001, momento

en que dicho ciclo mostró todas sus limitaciones y falencias, desencadenando los estallidos sociales y las movilizaciones que terminaron con el gobierno de ese entonces. Esos mismos números, a partir de entonces preocupantes, son aún más extremos si se considera la población adolescente.

En este sentido pueden considerarse algunos datos del 2003 respecto de la pobreza en dos niveles. En el 2003, las personas que están bajo la línea de pobreza, llegan al 50 % de la población total, sin embargo cuando la población se especifica por edad, por ejemplo en el tramo entre los 15 y los 18 años, la cifra asciende hasta un 68,9 %. Es decir que siguiendo este criterio de medida, en ese momento, dos de cada tres adolescentes en ese tramo de edad, son pobres. Esto es total país. Si se incluyen a grupos de menor edad, el porcentaje sube aún más. Asimismo, aplicando el criterio de la línea de indigencia, que define la marca de la pobreza más extrema, encontramos que durante el mismo año, el número de personas bajo la línea de indigencia, llega al 20,5 %. Nuevamente, si nos detenemos en el tramo entre 15 y 18 años, observamos que la cifra asciende a 37,9, con lo que uno de cada tres adolescentes en esta edad es indigente. Igual que en el caso anterior, la cifra asciende a medida que baja la edad.

Este modelo de acumulación fomentó la desprotección laboral, el despido fácil, la desinversión productiva y la especulación en diversas ramas de la economía. Lo que tuvo como resultado un crecimiento del desempleo, que llevó a registrar cifras record para la Argentina, especialmente para el desempleo de larga duración, dato capaz de desalentar a los trabajadores que así quedan casi al margen de la sociedad, a la vez que disciplina a los que aún están empleados, con la amenaza de engrosar las filas de la desocupación. La masividad del desempleo, lleva a que los trabajadores deban ceder en las instancias de negociación, lo que a su vez incide en el crecimiento del subempleo y del sobre-empleo, la precarización de las contrataciones y el avance del empleo en negro; procesos que entre los jóvenes tienden a ser aún más precarios.

Algunos datos grafican este proceso. En el 2003, la tasa de desocupación para todo el

país fue del 14,3% de la población económicamente activa, mientras que para los menores de 18, que tienen una tasa de actividad mucho menor porque estudian o porque dependen de sus padres, llegaba al 50%, lo que distribuido según quintil de ingreso, resulta que para el 20% más pobre arroja una desocupación del 65,4 %. De esta suerte, para la gran mayoría de la población que es la que depende del trabajo, se instalan graves dificultades tanto para su supervivencia material, como para su valoración simbólica en tanto que personas. El empleo no sólo es el garante de la subsistencia: su importancia, además de económica, es social y cultural, pues representa una fuente de reconocimiento para quien lo posee, y constituye uno de los mecanismos de integración social por excelencia.

Históricamente la Argentina basó, en gran medida el discurso de reconocimiento de los sectores populares en una matriz valorativa que convirtió al trabajo en una virtud. No sólo aparecía como una de las herramientas capaces de producir ascenso social, también constituía un medio de inclusión en la ciudadanía política y hasta incluso un verdadero emblema de reivindicaciones. En este sentido, el desempleo actual es altamente significativo para los jóvenes, que conviven con su escasez y sin el peso de su historia anterior, siendo ajenos a aquella cultura tradicional del trabajo y sus valores, percibiéndose en un mundo social en el que la reproducción laboral no está garantizada. De allí que no sea irracional que se orienten exclusivamente al presente, porque sin trabajo literalmente no hay futuro.

En este contexto, la movilidad social descendente deja de ser una probabilidad para volverse palpable, situación que cuestiona indirectamente otro de los bastiones fundantes de la experiencia de las mayorías de nuestra sociedad, la escuela pública. Sin la incorporación social de los canales laborales, tambalea la función habitual cumplida por la escuela: la de ser entre otras cosas una instancia que prepara y capacita para una mejor inserción laboral y un eventual ascenso social. En este marco, la escuela pública se debilita en comparación con su desempeño en períodos previos y admite en cambio una función defensiva, ya

no es vista como un ascensor sino como un paracaídas. Este hecho cambia su valoración y estima y abre en su interior un campo de conflictos novedosos, más ligado con la negociación de las titulaciones que con la lucha por el mérito y el reconocimiento. La pérdida de autoridad de la escuela, es la contra cara de una institución cargada por nuevas demandas sociales que exceden su misión tradicional, antigua combinación de pedagogía liberadora y disciplina jerarquizante. Al no garantizar el ascenso social, la escuela se debilita en sus posibilidades de atraer y mantener en su seno a los alumnos más desfavorecidos. Al perder el aura que contribuía con un disciplinamiento casi automático, aparecen nuevos problemas surgidos de la “plebeyización”: maestras que se sienten impotentes, alumnos negociadores con padres despistados por la desesperación de una caída mayor, que demandan sin coherencia desde la “mano dura” de los docentes hasta una aprobación casi vacía, aun cuando saben que su hijo no la merece.

Los cambios en el patrón de acumulación, como vimos, llevaron a una distribución económica concentrada en los sectores de mayor poder adquisitivo, que pasaron a obtener ingresos aún mayores, a la inversa de los que menos ganaban cuyos salarios se reducían ostensiblemente. El resultado de este proceso muestra un mapa social más fragmentado y menos integrado, con enormes desequilibrios y desigualdades en los ingresos, mayor concentración de propiedades y riquezas en un polo, aumento de la exclusión y la pobreza en el otro. Esto tiene un efecto a su vez, en la fragmentación de las clases medias, hasta entonces paradigma de la “excepción Argentina” en América Latina. En este sector sólo un pequeño grupo asociado a las gerencias de las nuevas empresas, profesionales jóvenes, administradores y técnicos, obtiene ingresos relativamente altos. Por el otro lado, la clase media tradicional, vinculada con la burocracia estatal, profesiones más tradicionales o con menores niveles de participación en la nueva economía, antiguos obreros calificados o pequeños comerciantes, se ven desplazados por la competencia de grandes firmas, el desempleo, la precarización laboral y la caída de los salarios producto de la movilidad social descendente. Mientras el primer grupo

se aproxima a los sectores tradicionales de altos ingresos, el segundo forma parte de los “nuevos pobres”, los que descienden socialmente con el consiguiente deterioro material de sus condiciones de vida. Las clases medias urbanas se van fragmentando a su interior, tendencia que hace visible en ese vasto sector el proceso de polarización de la sociedad.

Voy a recortar un poco este trabajo para ahorrar tiempo en la exposición de una parte que aunque importante puede ser reducida y se refiere a la “brecha espacial”. Esto que describimos entonces como brecha social creciente se manifiesta a su vez en lo que llamé la “brecha espacial”, brecha por la cual la conformación de las ciudades y la definición del espacio público va retraduciendo este proceso de fragmentación de la sociedad que describimos recién. Por lo que, podríamos decir, tenemos tres modelos de ciudad. Estas tres modalidades emergentes son: la ciudad que corresponde a nueva riqueza; la que se relaciona con los sectores medios estabilizados y descendentes; y la ciudad de la nueva pobreza con los barrios tradicionalmente humildes y los asentamientos y villas que crecen en los intersticios de la otra ciudad. En estos tres grandes enclaves físicos, se expresa una cultura urbana común en la que se manifiestan todos los males y fantasmas de una sociedad más fragmentada y polarizada. No voy a entrar en detalle en esto, pero simplemente menciono que la definición del espacio público es fundamental para los adolescentes. Una de las maneras a través de las cuales constituyen su autonomía es entrando en conflicto con la relación naturalizada y directa que mantenían con el hogar y con la escuela durante la niñez. Salen a investigar las ciudades y a explorar los espacios públicos en los cuales se encuentran entre sí y se reconocen como grupos de edad específicos diferentes a los demás. El problema es que en megaciudades como las nuestras, en que esta brecha espacial tiende a ser cada vez más fuerte, esos espacios públicos se convierten en espacios de vigilancia, en espacios de control y de endogamia social, donde no hay intercambio entre distintas, digamos, fracciones de clase que conforman a la sociedad. Además, la falta de libertad, la seguridad para explorar, el miedo a la

amenaza permanente de los otros o de las fuerzas de seguridad según el sector de que se trate, afecta las posibilidades de socialización autónoma de los adolescentes, en la medida que apropian como territorio el espacio fragmentado, no gratificante ni invitador, de la ciudad actual. Su experiencia se vuelve por lo tanto más fragmentaria y empobrecida por el encapsulamiento y el temor. Esto no constituye un buen mensaje a favor de la convivencia y el entendimiento común en la senda de lo que propugna la escuela.

Por último, esta lógica del encierro, producida por la nueva "brecha espacial" tiende a ser reforzada por el proceso de atomización de la sociedad y de las familias que genera el complejo mediático audiovisual en su desarrollo actual; eso que para abreviar hemos llamado "brecha cultural", pero que también es comunicativa y mediática. Los adolescentes de la actualidad han crecido en una sociedad plenamente *massmediatizada* y en proceso de globalización cultural. Durante los años noventa se consolidó el proceso de privatización de las emisoras televisivas, lo que se tradujo en una omnipresencia de la televisión comercial orientada al logro de las mayores mediciones de *rating* -cosa que no necesariamente pasa en todo el mundo, eso pasa especialmente en la Argentina-, y, por otra parte, se afianzaron la televisión por cable, las señales codificadas de *pay per view*, y la televisión satelital, que terminaron de completar el proceso.

Cuando se habla de medios, a veces se suele hablar en términos muy generales, y hay que tener presente estas diferentes posibilidades porque son las que definen distintas gramáticas de emisión massmediática. A través de este tipo de ofertas audiovisuales entonces la sociedad argentina fue entrando progresivamente en un aparato comunicativo global que explota todas las posibilidades que le brindan las nuevas tecnologías de comunicación. Hoy más que nunca, mensajes, valores, representaciones transitan por circuitos que exceden las fronteras de las naciones. De este modo, bienes culturales como los espectáculos masivos, los films cinematográficos y televisivos, la música, la información a través de la que se conforma una imagen del mundo, toman de manera

progresiva la conformación de una lógica global.

Asimismo, en lo que hace específicamente a las industrias culturales y los consumos de tiempo libre, ha tendido a afirmarse una lógica mercantil transnacionalizada y fragmentadora de lo que fue no hace mucho un aparato cultural relativamente homogéneo e integrador. El avance de la globalización en los medios ha desembocado en un movimiento simultáneo y contradictorio hacia la integración y la desagregación. La globalización masifica consumos distantes en lo geográfico y los integra con una baja intensidad. Por otro lado separa lo cercano y especifica sus consumos, en la medida en que ofertas crecientes en amplitud y variadas en contenido atomizan las audiencias hacia propuestas cada vez menos compartidas por el conjunto, en la medida en que se orientan en exclusividad hacia nichos particularizados. El predominio de los medios audiovisuales, cada vez más horas de encendido, cada vez más aparatos por hogar, tiende a la fragmentación de los públicos: la T.V. dispone de ofertas cada vez más segmentadas y el cable aumenta numéricamente esta tendencia. Les cuento por si no lo saben que la Argentina es el tercer país más cableado del mundo. El primero es EEUU, con casi cuarenta años de historia, el segundo es Canadá que responde a una cuestión técnica, la amplísima geografía que tiene Canadá, las señales se bajan localmente por cable, a lo que se suman ciertas cuestiones climáticas. En la Argentina ninguna de las dos cuestiones es aplicable, lo cual expresa un caso muy peculiar. Pero volviendo a lo anterior, las señales *premium* trabajan para establecer conjuntos de espectadores aún más diferenciados y la TV satelital, otra innovación técnica que está muy poco desarrollada en el mundo y en la Argentina milagrosamente sí, la última innovación en este sentido, promete un universo de señales por las que el televidente accede a un menú de opciones virtualmente ilimitado, cuyas preferencias están prácticamente individualizadas.

Esta tendencia en los consumos habla de una sociedad que en su tiempo libre está cada vez más vuelta hacia la esfera privada, hacia el ámbito doméstico, compartiendo

consumos indoloros y fáciles, con una creciente individualización de los consumidores en el seno de las familias, y con un más que probable final depositado en una televidencia absolutamente personalizada. En muchas de las familias de la actualidad no es imposible pensar que mientras los padres ven en su dormitorio una serie norteamericana en inglés subtulado, el hijo mayor mira TV sin volumen mientras escucha la radio y hace sus tareas, la hija menor chatea por Internet con una amiga virtual australiana, al mismo tiempo que mira por la televisión una tira de ficción Argentina. Cada cual en su mundo, todos cerca físicamente, aunque muy lejos comunicativamente. Cuando dirigimos la mirada a otro sector social, vemos que sus consumos y preferencias son muy diferentes aunque estén cerca geográficamente. Esto también habla de “brechas en la comunicación”, en el acceso y en el uso de las tecnologías y de la información, en los mundos de significación en los que se circula y se vive. Un mundo que se fragmenta en distintas dimensiones donde los adolescentes intentan construir su experiencia, como decíamos al inicio de este apartado. Un mundo hostil para todos, excluyente y sin mayores expectativas de mejorías en el futuro para la gran mayoría.